

# El general Invierno

## Capítulo 13. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

**Era una inmensa biblioteca** rectangular con siete grandes ventanas corridas que daban a la calle. Estaba situada en la planta baja, a un lado de la entrada principal. En la ceremonia de inauguración del instituto, hace diez años, fue denominada, enfáticamente, «espacio polivalente», pero poco a poco la perentoria realidad había convertido ese adjetivo en un eufemismo. Carlos estaba solo, dejando pasar el tiempo de la clase de guardia entre montañas de libros pendientes de clasificar, en precario equilibrio sobre las mesas de lectura. Miraba ensimismado al fondo de la sala. Una inmensa y transparente lengua de sol llenaba de reflejos plateados el rincón donde se apilaban, sin orden alguno, más de cincuenta sillas de tubo metálico. Un golpe en la puerta acristalada lo sobresaltó. Entraban dando voces cuatro alumnos que nunca había visto. Inmediatamente, volvió a la realidad y se levantó para reñirles, pero la voz de Ventura los clavó donde estaban y callaron de golpe.

--¿Es así como hay que entrar en la biblioteca?

--No --dijeron a la vez con un hilo de voz.

--¿Cómo hay que entrar? --les increpó sosteniéndoles la mirada.

--En silencio --dijo uno.

--O hablando bajo --dijo otro.

--Para no molestar a las personas que estudian --dijo el tercero.

--O a los alumnos --dijo el último.

Ventura se lo quedó mirando medio segundo y luego vio a Carlos.

--Hola --le dijo--. Vamos a ponernos a trabajar aquí, pero procuraremos no molestar. ¿Verdad chicos?

El que tenía más cerca se vio obligado a contestar.

--No.

--...

--No, que sí. Que sí, que no molestaremos, quiero decir.

Los otros tres se divertían, pero se conformaron con sonreír en silencio y dándose codazos se fueron sentando.

--Vamos a analizar esto. Las personas que estudian y los alumnos. ¿Qué diferencia hay?

--Eso lo ha dicho éste.

--¿Quién lo ha dicho, Cortés?

--No, Galán...

--Y tú, ¿qué opinas?

--Yo opino que somos personas, pero...

--Pero nosotros no leemos nunca. Sólo leemos contigo, Ventura.

--No somos bibliotecarios.

--¡Aha, qué dices! --exclamó Cortés con tanta agitación que se le cayeron las gafas al suelo.

--Sin gritar. Explícate.

--Pues que lo ha dicho mal --contestó pletórico--. Y se colocó las gafas haciendo un poco de comedia.

--¿Qué ha dicho mal?

--Que no somos bibliotecarios. Toma, pues claro. La bibliotecaria es Tere. La profesora Teresa --acabó diciendo, mirando a Ventura por encima de las gafas.

--Entonces es verdad que no sois bibliotecarios --dijo el director (Ventura era el director del instituto).

El joven hizo un nuevo esfuerzo por explicarse, frente a las miradas sardónicas de los otros tres.

--Lo que quiero decir es que Galán quería decir que nosotros no... no hacemos de lectores en la biblioteca...

--¡Eres una máquina, tío! --y ya volvían a reír--. Pero Ventura recuperó la atención de sus cuatro alumnos levantando las manos.

--Está bien paremos un momento aquí. Habéis abierto un tema interesante. Copiad esto en el cuaderno: ¿Qué diferencia hay entre querer decir y decir? Segunda pregunta: ¿Qué diferencia hay entre hacer de lector y leer? Contestadme a estas dos preguntas en la libreta. Se responde individualmente y en silencio. Como mínimo, quiero media página y sin faltas. Tenéis diez minutos. ¿Alguna pregunta?

--¿Hay que acabarlo para hoy?

--Hay que acabarlo en diez minutos y después cada uno leerá lo que haya escrito y lo comentaremos todos juntos. Y si lo hacemos bien, a las once nos podremos ir a almorzar.

Y no hubo más preguntas. Los dejó escribiendo y se acercó a Carlos, que había estado escuchando con incredulidad todo lo sucedido.

--No sé cómo consigues esto con Cortés.

--«Esto» es un curso de locos y de discutirme con medio claustro y tres meses de no bajar la guardia. Tú no los has visto a los cuatro en acción... Pero al final estamos consiguiendo cosas, cosas pequeñas porque avanzamos muy despacio... pero hay un punto de inflexión que, si se alcanza, acelera el proceso.

Ventura, mientras hablaba, no los perdía de vista. Sus palabras y su rostro decían cosas distintas, conversaban a la vez con diferentes interlocutores y Carlos sentía casi físicamente esa tensión, esa gravedad, como si aumentara la densidad del aire. Pero, al mismo tiempo, las palabras de Ventura lo volvían más ligero, y crecían los peligros y las posibilidades. Todo estaba relacionado.

--Aún falta machacar un poco más, como suele decirse. De momento ya traen la libreta, el boli, son más puntuales, podemos hablar... Pero, sobre todo, hay que mejorar la autoestima de estos chicos. Todo está relacionado más de lo que imaginamos --le dijo a Carlos.

\*\*\*

Dos semanas antes de finalizar las clases, cinco meses después de aquella conversación, hubo asamblea general para elegir al nuevo equipo directivo. Ventura y su grupo se volvieron a presentar, pero esta vez no fueron el grupo más votado.

En esos pocos meses, desde Navidad hasta hoy, el instituto había cambiado tanto que ese resultado no sorprendió a nadie. Carlos hablaba y se cruzaba con las mismas personas, pero el lenguaje era distinto, los ojos miraban de otra manera, los gestos tenían otras intenciones. Las conversaciones se volvieron artilugios peligrosos y afilados que había que manejar con atención para no herir ni herirse. Una bruma de desconfianza inundó el instituto. Algunos presentían que el curso siguiente nada sería igual. Se dejaron de oír expresiones como «atención a la diversidad», «trabajo cooperativo», «currículo intercultural», «aprendizaje por competencias»... Todo se volvió más simple y a la vez más gregario, más antagónico. Durante ese enfrentamiento, del que unos salieron satisfechos y otros decepcionados, Carlos vio desmoronarse el fértil equilibrio de diversidad que Ventura había cargado a sus espaldas y capitaneado desde el principio de esta etapa.

Ventura también había cambiado estos últimos días tumultuosos que precedieron a las elecciones del nuevo equipo de dirección. Siguió haciendo lo que había hecho hasta entonces, pero sin ilusión. Asistió a todas las reuniones, pero dejó de discutir. Continuó defendiendo su modelo hasta el final, pero sin brillo en los ojos. Y se impacientaba menos con los subterfugios, las digresiones, las mezquindades con que cada uno se veía en el derecho de torpedear el orden del día...

Ventura se preguntaba con obstinación, como en un juego perverso y masoquista, quién era el general Invierno de esta derrota. Dejaba de teclear en el ordenador y mirando a la nada se repetía esta frase una y otra vez ensimismado. Le gustaba enfrentarse a las obsesiones con amuletos así, que dejaba sueltos en su mente. Durante unos pocos minutos, el pensamiento mágico iluminaba rincones de sí mismo que de otra manera nunca habría descubierto. Era un regalo mnemotécnico tan innecesario como imprescindible en su particular concepción de la relación entre las ciencias sociales y el mundo. «Ventura, tú lo que haces es historia emocional», le dijeron un día sus compañeros, para provocarlo. «No lo dudéis y, además, fijaos bien en lo que os digo, no hay otra manera de hacer historia. No lo dudéis», les contestó con aplomo. Y los dejó preguntándose si se había referido a la historia de la humanidad o a la suya propia. En él siempre rebotaban las balas. Todo le servía. Con todo lo que caía en sus manos había construido aquel instituto que durante unos pocos años brilló con luz propia e iluminó el camino de la renovación educativa. Pero ahora se había ido convirtiendo en un agujero negro que en la última votación se

engulló de golpe sus últimas ilusiones. Y Ventura no dejaba de preguntarse el porqué.

Después de todo esto, durante los últimos días de julio, en los distintos departamentos, las manos ya no se manchaban de tiza, sino de expresiones tan asépticas como «gestión de recursos» o «nivel de concreción». Como cada curso, se enviaron los prolijos informes de las actividades del centro a destinos como el departamento de innovación educativa, el departamento de coordinación de área o la dirección general.

La cena de final de curso se celebró uno de esos últimos días. Carlos se volvió a encontrar hablando con Ventura en la sobremesa, sobre las programaciones, los trámites...

--¿Sabes el esfuerzo que supone reunir todas las ideas? --le decía Ventura--. ¿Todas las experiencias de logros y fracasos de cada profesor? ¿Sabes lo que cuesta cogeros de uno en uno y ver todo ese material en bruto y desordenado que me traéis sin ganas y sin tiempo de reflexión, las más de las veces? ¿Sabes lo que le cuesta a mi hígado limpiar eso de opiniones y prejuicios y luego justificarlo delante de vosotros? Cada uno esconde sus vergüenzas y mi trabajo es sacar toda la porquería y convertirla en combustible para el cambio de paradigma.

Carlos levantó una ceja al oír la última palabra y bebió un sorbo de café.

--Poner todo eso negro sobre blanco --siguió Ventura-- de manera que nadie resulte menoscabado y lo entiendan en la Administración. Y, finalmente, enviar todo ese montón de cajas, llenas de informes fotocopiados por quintuplicado, para que las

arrinconen en cinco departamentos, donde cinco responsables no encontrarán el tiempo necesario ni para abrir los precintos hasta que un día se olviden por completo de su existencia.

El ex director bebió despacio saboreando el whiskey (con e de bourbon) y continuó agitando suavemente el vaso en su mano, haciendo tintinear los cubitos de hielo. Carlos intuyó que estas últimas palabras venían de muy lejos en el tiempo y de muy adentro del corazón de su compañero. Mientras miraba el diminuto oleaje que sostenía su mano, Ventura comenzó a preguntarle al vacío.

--¿Se ha considerado seriamente alguna vez en este país que las experiencias, las necesidades y las opiniones de cada instituto deban tenerse en cuenta a la hora de decidir las metodologías didácticas más adecuadas?

--Se supone que...

--¡Exacto! ¡Se supone! --exclamó clavándole los ojos.

--No sé qué quieres decir. Yo entiendo que es precisamente de la experiencia de lo que se nutren las nuevas ideas, los nuevos «paradigmas psicopedagógicos». ¿No lo crees así?

--No. No creo «que sea así».

--¿No?

--Para hacer pedagogía --sentenció Ventura, con expresión sombría--, basta con no tener experiencia. Y, por otra parte, ¿qué legitimidad tengo yo --siguió sardónico-- para decirle a nadie cómo dar la clase?

--Esto que dices es muy discutible.

--Pero no se discute. Eso es lo triste de esta comedia. ¿Crees que alguien va a tratar desde la Administración de sistematizar nuestras experiencias didácticas? No --se contestó, dejando el vaso con estrépito en la mesa--. Todo esto es un desperdicio; tiramos a la basura un conocimiento que nosotros hemos afinado con la experiencia y la reflexión.

--...

--Te voy a contar algo que he descubierto a lo largo de estos años. Si consultas cualquier diccionario podrás ver que ha desaparecido la palabra «documentación». Cada curso, los profesores empiezan desde cero y llaman nuevo a lo que conocen por primera vez. Hay gente soberbia...

--No eres objetivo --le dijo Carlos con una media sonrisa--. No creo que te creas lo que dices. Hoy no es fácil ser profesor.

--Hoy no es fácil ser profesor, dices. De acuerdo, nada es fácil. Pero ¿cómo es ese profesor del que estamos hablando? ¿Ha existido realmente alguna vez ese constructo? No lo sé. Quiero decir que, en nuestra profesión por lo menos, cuando hablamos, hablamos de modelos. Y cuando nombramos un modelo, cuando decimos profesor o educación, lo hacemos desde el púlpito, desde el ágora, desde un ideal. Pero eso es hacerle el juego al general Invierno.

--¿El general Invierno?

--Sí. El general es todo lo demás. Cada vez que estés centrado en un tema, en una idea, no debes nunca olvidar que el general Invierno

es todo lo demás. Pero se olvida con mucha frecuencia porque no tiene ninguna forma concreta y a la vez las tiene todas.

Ventura le guiñó un ojo a su confidente y dibujó con dos dedos una ventana en el aire delante del rostro petrificado de Carlos, se asomó a ella y le susurró:

--Al principio, el general permanece invisible. Como pasó cuando empezamos con el nuevo equipo directivo. Entonces yo no lo conocía y dije: ¡ahora sí! Éstos son los míos, ahora todo lo que pensamos, todo lo que deseamos, todas las innovaciones que diseñamos, casi en la clandestinidad del grupo de trabajo que habíamos formado en el instituto, se harán realidad. Era un estado de inocencia. Más adelante, seguimos ignorándolo, aunque ya se producen síntomas sutiles de su presencia... minúsculas decepciones, imperceptibles demoras o inesperadas prioridades que debieran hacernos sospechar; pero continuamos confiando en el esfuerzo, en las nuevas ideas, en los nuevos modelos. Después, nos damos cuenta de que hay que convencer al claustro, al AMPA, y hay que explicar muy bien a Inspección el significado de los cambios y el destino de las subvenciones. Más tarde, hay que convencer al propio consejo escolar, hay que distinguir bien lo que es innovación auténtica de lo que es maquillaje. La nieve empieza a depositarse, pero seguimos ignorando al general. Hasta que llega un día en que te decepcionas a ti mismo y te conformas con lo posible, que se convierte en lo permitido, y lo permitido en lo políticamente correcto, porque además el límite presupuestario y aquella conversación con el responsable de la empresa editorial, y luego aquellas promesas del ayuntamiento,

condicionadas a cómo llevemos tal asunto...  
El poder del general ha vencido. Tras ese día vienen otros días y dejas de ser de los nuestros o, quizás, ya no te reconoces en los tuyos. Los tuyos ahora se parecen a los otros y tú, yo... también...

Carlos se terminó el café y dobló una servilleta. A Ventura se le saltaban las lágrimas, miró el reloj e inició una torpe despedida.

